

contexto completamente diferente. Hans Werner Richter, el apasionado representante de una Alemania distinta, debe haber sentido celos, de lo contrario no habría dicho que la lectura de Celan había parecido una salmodia en una sinagoga. En términos generales, su afirmación fue cierta; Paul, en su angustia, leyó sus poemas de una manera pésima, casi cantando, pero las dos muchachas de Viena también leyeron sus textos tímida y entrecortadamente, sin que a nadie se le ocurriese calificarlas de monjas en un convento.

Todo eso tuvo lugar después del encuentro, en Hamburgo, donde permanecimos todavía algún tiempo juntos como huéspedes de la Radio Noroccidental Alemana. Yo no sé cómo ese comentario de Hans Werner Richter, hecho en privado, llegó a oídos de Paul Celan, pero este último amenazó con desatar un escándalo, de modo que Ilse Aichinger, que acababa de recibir el Premio del Grupo 47, apareció de repente en mi habitación –yo estaba acostado ya– y me rogó que interviniera antes de que ocurriese un incidente. Hablé con Hans Werner Richter y él, algo formal pero correctamente, se disculpó al día siguiente con Celan, a quien se tropezó en la escalera que conducía al salón del hotel. Por lo visto, en su animosidad contra su supuesto rival, no pensó en las consecuencias de aquel comentario. Esta controversia entre ambos hombres –surgida por su causa, aunque no se dijera–, dejó tan confundida a la tímida y a la vez altiva Ingeborg Bachmann, quien tanto valor otorgaba a su independencia y autonomía, que ese mismo día me preguntó de repente si no quería casarme con ella, a pesar de saber que yo ya estaba casado, si bien no felizmente. Y Paul tuvo esa misma tarde la oportunidad de desahogarse, cuando paseábamos por el Reeperbahn por invitación de Ernst Schnabel. Del otro lado de la calle se había formado un gentío porque un chofer había atropellado un perro. Los transeúntes ya estaban a punto de linchar al chofer, lo cual incitó a Paul a comentar a gritos que la gente en Alemania jamás estuvo dispuesta en su momento a excitarse tanto por la deportación y asesinato de millones de judíos como ahora por la muerte de un perro. Su comparación era tan fallida como las opiniones y criterios de los antiguos antisemitas y los actuales filosemitas de este desdichado país, que tan singular relación tienen con Israel. Ellos creen poder lavar con dinero la culpa por el genocidio, y admiran en los israelitas, según su criterio actual, las cualidades tan poco típicas de los judíos: la disciplina militar y el arrojo con que se pelean con sus enemigos árabes, que son tan semitas como ellos.

El sociólogo Theodor Adorno dijo de manera apodíctica a su regreso del exilio que no era posible escribir más poesía después de Auschwitz. Seguramente quiso decir con eso que no era posible ya desarrollar sentimientos normales con respecto a los otros, y creo que en ello llevaba razón. Desde entonces todo fue puesto patas arriba. Cualquier cosa que se hiciese o dijera era interpretado de manera equivocada en uno u otro sitio.

Paul no recibió el Premio del Grupo 47, pero su viaje a Niendorf no fue en vano, pues allí encontró un editor. Fue la Deutscher Verlagsanstalt, de Stuttgart, la misma que había publicado mi novela *Muertos de vacaciones*. El editor, es decir, el director literario de esa editorial perteneciente al consorcio Bosch, se llamaba Willi A. Koch y su aspecto era el de un «alemán típico». Era alto y alguna vez debió ser rubio aquel pelo ya por entonces blanco en canas. También tenía ojos azules. No sé si es típico o no de los alemanes el ser propensos a cierto romanticismo y cierta exaltación –tipos así los hay también entre los franceses, los ingleses, los norteamericanos o los japoneses–, pero él andaba siempre entusiasmado a la caza de nuevos talentos que incorporar a la colección de la editorial, tal y como un cazador de mariposas hace con su red.

Los dos poemarios de Paul, *Amapola y memoria* y *De umbral en umbral*, que Willi A. Koch publicó rápidamente uno tras otro, tuvieron un enorme éxito. Paul se hizo conocido en Alemania, recibió importantes premios y se convirtió en objeto de estudio de puntillosos germanistas. Sin embargo, algo no encajaba del todo.

Eso se comprobó cuando unos años más tarde, Claire Goll, la viuda del poeta Ivan Goll, y con quien Paul mantuvo una relación de amistad durante la emigración en París, inculcó de repente a Celan de haber plagiado a su esposo, mostrando como prueba de ello ciertas metáforas que ambos habían empleado en contextos diferentes. Esta controversia entre dos poetas judíos, en la cual no tuvo responsabilidad alguna el difunto Ivan Goll, se reveló como una oportuna comidilla para los redactores culturales de los periódicos alemanes. Comenzaron a poner en duda, con una seriedad exagerada, la calidad de la poesía de Celan, si bien, como pudiera comprobar a primera vista cualquier lector medianamente culto, este último era un poeta mucho más grande que el difunto expresionista Ivan Goll, a pesar de todos sus méritos y honores. Todo eso fue abordado en las páginas culturales con matices de escándalo, de manera que Paul, que en su voluntario y a la vez forzo-

so retiro parisiense era propenso a los estados depresivos, se exasperó y viajó repentinamente a Viena con su mujer y su hijo, una ciudad donde esperaba encontrar amistad y comprensión.

A su visita le antecedió una declaración de varios escritores austríacos iniciada por Reinhard Federmann, Friedrich Torberg y por mí, en la cual expresábamos nuestra solidaridad con Paul y salíamos en su defensa contra los ataques de que era objeto en Alemania. También allí halló suficientes defensores, pero Viena parecía a sus ojos todavía una suerte de patria, aunque allí, a diferencia de en Alemania, sólo lo conocía un puñado de personas que no se sentían muy arraigadas en este domicilio escogido libre o forzosamente. Uno puede sentirse extranjero incluso en un país donde se escucha hablar el idioma conocido, y sentirse de repente en casa en un entorno totalmente ajeno. Pero Paul no se sentía en casa en ninguna parte. Tampoco en Israel, país que, según creo, también visitó una vez.

Paul había cambiado en los diez años desde nuestros encuentros en Viena, París y Niendorf, junto al Báltico. Eché de menos entonces en él sobre todo el humor y la autoironía con cuya ayuda intentaba antes arreglárselas con el mundo tal y como era.

Los franceses, por lo visto, no estiman mucho a los extranjeros que dominan su idioma a la perfección pero se niegan a emplearlo como medio de expresión artística. Algo parecía no encajar en la relación de Celan con la literatura francesa, a pesar de que tradujo al alemán a Rimbaud, René Char y a otros poetas franceses, aunque no tan brillantemente como a los rusos Essenin y Mandelstam. Paul se quejaba también del antisemitismo de sus nuevos compatriotas. Al parecer su suegro no podía verlo ni en pintura porque era judío. Creo sin embargo que la actitud de rechazo de su suegro, un hombre perteneciente a la nobleza francesa, tenía su origen más bien en una animadversión contra todos los extranjeros e intelectuales. El hecho de que Paul fuera, además, judío, sólo venía a agravar aún más las relaciones.

La hija de este chauvinista francés, cuyo nombre, curiosamente, era Lestranger (el extranjero), era muy bella y talentosa. No sé qué azar los unió a ella y a Paul, pero tengo la impresión de que se llevaban bien y de que ella estaba de su parte, a pesar de que seguramente no debía resultarle nada fácil. Por eso no pude imaginar qué les había pasado cuando, a raíz de la reciente consolidación de nuestra amistad en Viena, que terminó con una acostumbrada borrachera, supe por amigos que regresaban de París que Paul abandonaba a su familia durante días

y se la pasaba deambulando por la ciudad bebiendo desmedidamente, de modo que a veces había que recogerlo en la acera. Esto último, en cambio, casi me parecía estarlo viendo, ya que Paul no era un bebedor. En Viena tuve literalmente que cargarlo a casa después del restaurante. Cuando se bebe por desesperación, pronto se alcanza el estado de embriaguez al que uno aspiraba desde un inicio para olvidar.

Me habría gustado ayudarlo a sobreponerse a esa crisis, pero vivíamos muy distantes el uno del otro y, además, por esa época yo mismo era un bebedor neurótico necesitado de una orientación –si es que existe algo así– en un mundo que se había tornado frágil. A no ser que uno mismo, debido a posturas dudosas y sentimientos gastados, se construya muletas con las cuales ir avanzando más lentamente hacia la muerte. Algunos años después me hubiese resultado más fácil echar una mano a Paul, pero él era demasiado impaciente.

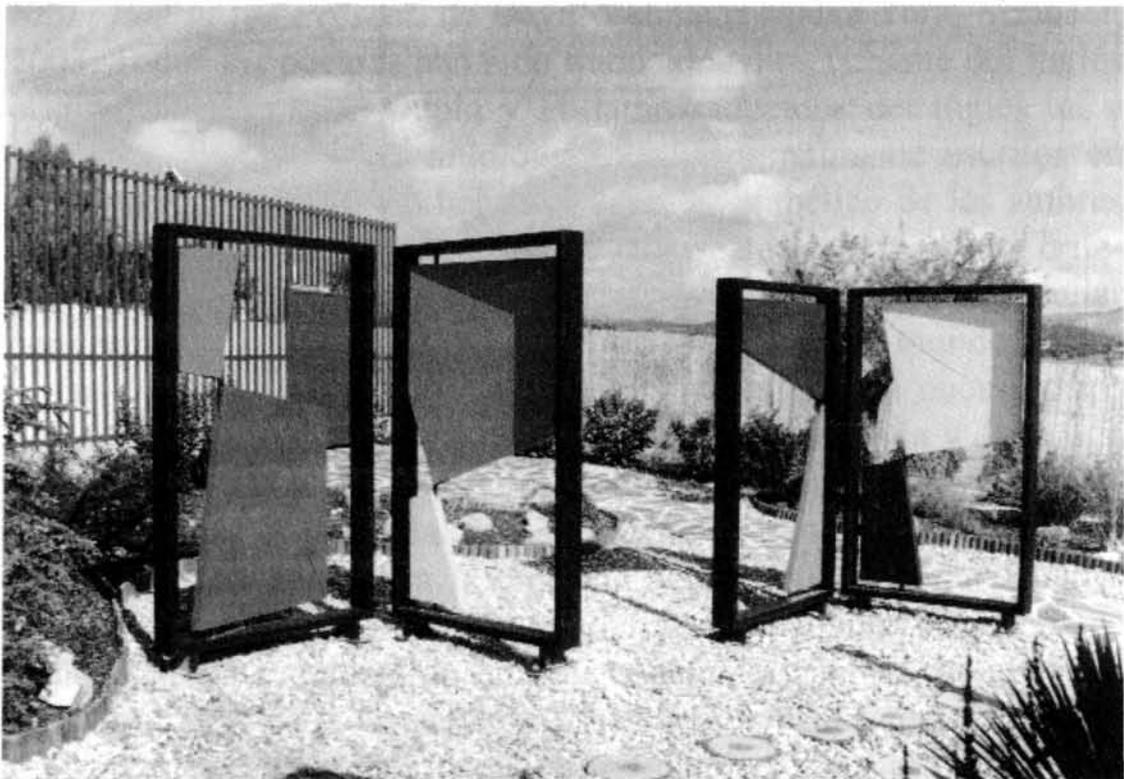
Poco antes de su suicidio debía viajar a Viena para una lectura en la Sociedad Austríaca de Literatura. La sala en el Palacio Palffy se habría llenado sin dudas, pues muchas personas, al igual que yo, habían acudido para verlo y oírlo. Pero Paul no apareció. Poco después llegó la noticia de que habían sacado su cadáver del Sena.

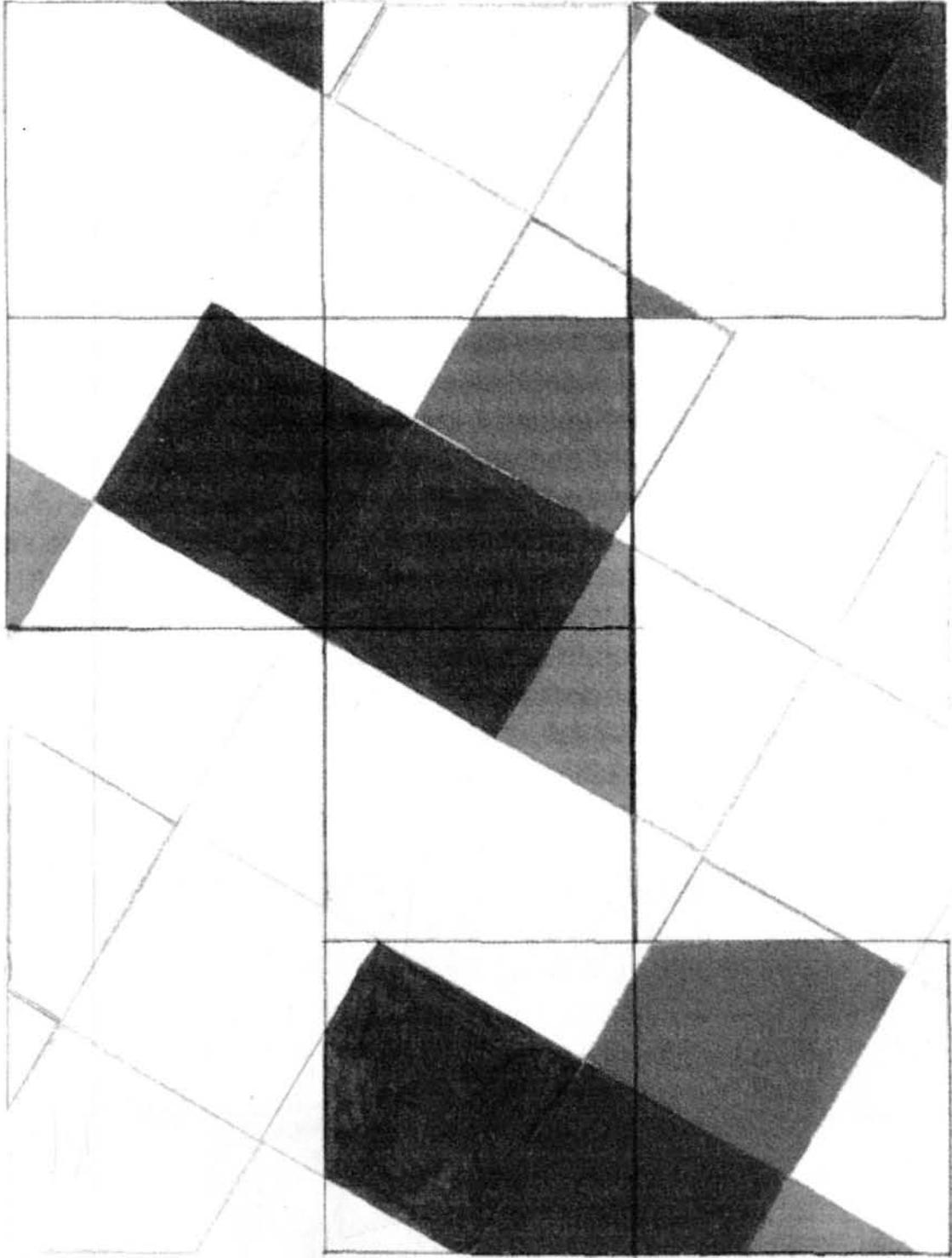
Algunos años después recibí una invitación para asistir a una exposición de Giselle Celan-Lestrange organizada por una pequeña galería vienesa. Ella me saludó como a un viejo amigo cuando me reconoció entre los asistentes al *vernissage*. Todavía era hermosa, pero se mostró menos comunicativa, más taciturna. No le pregunté por Paul. Me puse a contemplar sus grabados, compuestos de líneas de sombreado, como si intentara desentrañar el interior de una roca alejada de toda relación con los seres humanos. En los últimos tiempos la poesía de Paul se había ido convirtiendo también en una especie de lenguaje cifrado similar, cuando intentaba escribir sobre los cantos posibles más allá del lenguaje.

Dos o tres días después la volví a encontrar en la Dorotheergasse. Tampoco le pregunté por Paul, pero sí quise saber cómo estaba su hijo Eric. Ella creía que le iba bien, me dijo, estaba trabajando como payaso en un circo, y eso por lo visto le reportaba placer. Tampoco le pregunté si el hijo sabía bien o no el alemán como para comprender los poemas del padre en original, o si lo había leído en alguna traducción francesa. Eso no era tan importante. Importante me pareció en verdad la pregunta –que tampoco hice, por cierto–, de si él, Eric, era tan feliz como su padre y yo lo fuimos cuando en aquella lejana primavera de

1949 paseábamos por el boulevard Saint-Germain llenos de estúpidas e injustificadas ilusiones, en busca de amables muchachas y de un tranquilo café donde pudiéramos charlar sobre un futuro incierto pero fácilmente manejable y sobre un presente lleno de vida.

*Traducción: José Anibal Campos*





Explorar 003